

# ...con las Revistas

Alfonso Echánove S. I.

ATENEO

Núm. Extraordinario  
«Última promoción»

Es mucho comentario el que merece y el que sugiere este tremendo librote que es el extraordinario de ATENEO.

Nos empujó a su íntegra lectura, lo confesamos, aparte la natural y aguda curiosidad, la intención constructiva de dar un asentimiento alentador, específicamente religioso, desde nuestro rincón teológico. Sin embargo, las exigencias de una crítica global y vitalizada acerca del acontecimiento, más importante de lo que en principio habíamos supuesto, nos impiden permanecer en la reclusión relativa de este aspecto cuasi-profesional, por más inédito que sea en el conjunto de críticas que han ido saliendo.

Por de pronto, y todavía en el antipático terreno de los preámbulos, hay que alabar sin reservas a Ponce de León,—cabeza visible—, la idea de presentar así, de golpe y sin anestesia, un bloque tan considerable de escritores nuevos. Plausible, diría Gracián.

Después de este indudable impacto, el mismo volumen de la empresa nos invita a la cautela, aun para todo juicio preparatorio. Se nos aparece, flotante e ineludible, la peliaguda cuestión que a nuestro modo de ver, soslaya Luis Ponce en el prólogo, consciente o inconscientemente: este muestrario, con sus valores positivos y sus imperfecciones, con sus ausencias más que nada, ¿nos ofrece un testimonio auténtico y hasta donde es posible representativo que justifique el título "Última Promoción"?

No arrastramos prejuicios en pro ni en contra, importa decirlo, pero ya se han notado quejas por omisiones que se consideran importantes y en absoluto lo son. Y aun cuando las omisiones de los indiscutidos sean, precisamente por ello, más fácilmente superadas, son considerables para el que coge la pluma y se pone a escribir una crítica, porque según los casos tendrá que limitarse a objetivar sus impresiones sobre el número extraordinario solamente, o bien sobre ATENEO, las demás revistas y su propia ciencia personal del estado de la cuestión. Con esto no hacemos sino curarnos en salud ante los que posiblemente nos achaquen imprecisiones o impertinentes riegos fuera del tiesto.

\* \* \*

Y comencemos por lo nuestro: el cristianismo de los "ciento once".

En un artículo de ABC, ya excesivamente comentado y cuyo contenido suscribimos, todo lo más, en una tercera parte, se preguntaba inocentemente: "¿Qué evangelización se ha realizado durante más de quince años desde que los españoles, en 1939, ganamos la guerra al comunismo?".

Sinceramente, preferiríamos eludir la respuesta por dos razones: primero, porque sin una sistematización complexiva de *todos* los datos concretos, es probable y muy razonable, que no convenciera a nadie, y además porque si hay algo en verdad difícil de averiguar sobre quince, o sobre ciento quince, a sobre quinientos quince años de historia, es el progreso religioso de la almas, por grande y aparente que haya sido la evangelización. Comoquiera que sea la verdad, es una lástima que en materia de religión,—y de muchas otras cosas—, apenas queramos, nuevos Quijotes, más que criticar los entuertos, lo cual nadie negará que se acerca algo a una especie de esquizofrenia social de apreciación.

Bien, pues a pesar de todo, contesto indirecta e insuficientemente a la pregunta señalando con el dedo al extraordinario de ATENEO. ¿Qué se ha hecho? *Eso*. El haber podido reunir ciento once escritores educados en el ambiente de la postguerra y más o menos exponenciales de su generación, que acumulan características comunitarias decididamente espiritualistas en el más alto sentido. Hay que explicar este ditirambo.

Ponce de León y Aragonés aceptan que en la nueva promoción intelectual hay supeditación de los factores estéticos a los éticos. No sabemos por qué, la palabra *éticos* nos parece, aunque verdadera, un poco inadecuada y avanzando un poco nos atreveríamos a sustituirla abiertamente por otra: *religiosos*.

Cuando, separando cuidadosamente algunos artículos de índole puramente literaria de poquísima calidad, y en cuyos autores adivinamos espléndidos "peritos forestales, por ejemplo", o excelentes mujeres de su casa, nos quedamos con lo que por uno u otro concepto se presta a cierto desarrollo ideológico, tropezamos,—y ha sido una experiencia de gratísima sorpresa—, con mentalidades de troquel inevitablemente cristiano. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Unos, como Ignacio H. Larramendi, M. Lizcano, J. Gomis, Alonso Olea,...etc., se declaran sin embarazo mantenedores de una posición católica positiva, ya sólo mediante la elección de los temas, mucho más en su realización. Nuestra enhorabuena sincerísima, pero de verdad.

\* \* \*

Nos perdonarán, con todo, si en nuestra intimidad espiritual nos gozamos casi más que de ellos, de los que hablando de pura Historia, o de pura Economía, o Política, o en novelas, teatro, ensayo,... patentizan su cristianismo casi sin pretenderlo, y a veces incluso sin mencionarlo. Hay actitudes que no pueden tener otra explicación que ésta y nos permitimos hacer una fácil inferencia. Hemos numerado hasta diecinueve artículos más, que llevan el marchamo de este iluminado sentido de la vida, este claro enfoque de la fe profunda.

J. Gomis podría encontrar solución, teórica, naturalmente, a la ardua pero sincera problemática que le plantea *el novelista católico*, releendo el artículo de Castillo-Puche sobre el tormentoso Kafka, por ejemplo, o bien, realizando el oportuno trasporte de claves desde la poesía a la prosa novelística, en el de José María Valverde sobre sí mismo. Aducimos esto como ejemplo del acercamiento a Dios que es posible en las más expresivas ramas del saber intelectual. Prácticamente añaden nuevas lecciones, variaciones sobre el mismo tema, las meras y solitarias frases de fecunda virtualidad ideológica, que se encuentran desparrahadas informando por sí solas, suficientes y precisas, cuanto el lector o el oyente necesitan para despertar una ilusión, arraigar una convicción, o suscitar un remordimiento:

«Mi inquietud religiosa que a veces me pone, —no en lo de morir sino en lo de pervivir—, como enfermo, me mella el alma desde aquel día lejano en que supe cómo Dios talló su amor en barro, como apoyó en barro la huella de su sí mismo». (Alfonso Albala. «El Hijo»).

«*Antonia*: Yo pienso, humildemente lo pienso, que siempre hay otro remedio. Todo antes que matar. Eso es lo que manda Nuestro Señor Jesucristo.

*Isaías*:... los que fuimos capaces de ametrallar a los soldados extranjeros y a los traidores que los protegían, no nos preocupábamos por tu Señor Jesucristo. Teníamos otras cosas en qué pensar.

*Antonia* (niega con la cabeza): no, no, *Isaías*... En eso déjame decirte que te equivocas... Siempre hay que pensar en Nuestro Señor Jesucristo. (Alfonso Sastre. «La mordaza»).

«Cuando se tiene absoluta certeza sobre la existencia de una vida inmortal, los horrores de la agonía se superan al saber que son posibles de satisfacer las ansias de inmortalidad que queman el alma humana». (Santiago Galindo Herrero. «Tres temas de meditación para los españoles»).

«Necesitan los hombres utilitarios y terrícolas que el espejo mágico del mensajero les haga ver su deformidad, gorda de grasa, inhumana por su apego a las cosas bajas y soeces, únicamente materiales. El hombre se olvida de que es también alma». (Juan Fernández Figueroa. «El llanto de Dulcinea»).

«No están las cosas en estos tiempos para templar gaitas, sino para tomar una decisión de las dos que se pueden elegir: Cristo o Barrabás». (Vicente Marrero. «Cuadernillo de bitácora.»)

Es malo numerar, porque parece como si a los restantes los estigmatizáramos implícitamente. Pero baste nuestra afirmación global para deshacer cualquier suspicacia: la generación que nos presenta el grupo de ATENEO es, repetimos, llanamente positiva en su concepción católica (no hay por qué meterse en la problemática de matiz que la palabra «positiva» sugiere), y en todo caso, —sin mengua de su personalidad—, claro índice de la relativa asepsia del ambiente. Desde luego que esta última referencia no puede ser criterio en manera alguna, como no sea para los plácidos conformistas. *Vitandum!* Precisamente por esta rendija se cuelan las posibilidades defectuosas de los escritores jóvenes de última generación. ¿Cuál es el pensamiento de bastantes, —ellos y ellas—, de los que colaboran en el extraordinario, particularmente en las secciones literarias, y que sin decir nada reprochable, por supuesto, tampoco plasman una sola idea que valga la pena? No ocultamos que por este concepto solamente, sentimos la nostalgia de otros hombres que en mera calidad intelectual superan sin esfuerzo a los aludidos. Por ello, aunque no nos atormente en verdad la falta de pensamiento de éstos, debemos hacer una constancia objetiva del hecho, y asignarles un porcentaje en nuestra calificación de conjunto, con cargo a la responsabilidad del que les eligió para el número de la revista. Y esto es lo que acabamos de hacer desde nuestro ángulo.

\* \* \*

Pero como advertimos, no puede acabar aquí, tan estancado, nuestro valorar y opinar, cortándonos las propias alas al considerar la religión del intelectual sin una inserción o conexión necesaria con todas las manifestaciones y actividades vitales.

Si la verificación de una mentalidad religiosa en los autores penantes nos produjo alentadora sorpresa, la posición humana ante los problemas, especialmente patrióticos, sencillamente nos impresiona por su novedad. Aquí no tendríamos más que remitirnos a los artículos de Luis F. Hernández Crespo y Pedro Lombardía, y decir que los firmamos y rubricamos.

Resulta que desde hace tiempo, al leer la excesiva y farragosa literatura polémica que puede que nos esté ahogando un poco, sentíamos la invasión de cierto malestar psicológico. ¡Ca-

lla, burgués, —manoteábamos a nuestro propio resuello—, tú no entiendes esto, tú eres del antiguo régimen! Pero tenemos la poca humildad de creernos precisamente pertenecientes a la última generación, al menos por la edad, quizá también por el pensamiento, y el malestar sigue royendo y desconcertando, y ya uno se pregunta quién es el sospechoso, si los lectores, (al leer el artículo de Pedro Lombardía nos hemos dado cuenta de que no estamos solos), o algunos de los que escriben. No se extrañe nadie, por tanto, si afirmamos que al avanzar en los «ciento once» nos hemos ido reencontrando en salud. Quizá porque encontramos en ellos, o en una visión lo más quintaesenciada posible de su conjunto, mayor serenidad ideológica que en la generación fuertemente temperamental que les ha precedido.

Todo hay que decirlo. A la intranquilidad y nerviosismo sustancial de ésta, al turbio tramo histórico que le cupo en suerte, han debido aquellos, —hemos debido también nosotros—, la fruición inapreciable de quince años, que por encima de toda consideración, han sido para cualquier efecto, años de paz.

Pero es el hecho que el número de ATENEO hace aparecer con la pujanza de un antiguo tercio, la irrupción sustitutiva de los nuevos que reclaman ya su labor. Y esta pléyade, espiritualmente casi lactante, resulta que no es tan «inquieta» como la heroica que les precedió.

A propósito hemos llegado a la palabra. No nos va gustando. Le agradecemos los servicios prestados pero no nos va gustando, quizá no tanto por influjo de ese enérgico «corripite inquietos» de San Pablo, que verosíblemente no se puede aplicar al caso, como porque en razón del prodigioso vértigo de la vida, queda ya hueca, y hueca también, probablemente, la actitud. Como no queremos incidir en la iconoclastia que por principio repudiamos, al rechazar la palabra *inquietud* hemos pensado de un modo lógico en la posibilidad de otro ideal que pueda servir de metodología pragmática para la nueva generación. «Yo creo —dice P. Lombardía— que no es inquietud lo que debemos desear y procurar a la juventud. La tarea urgente debe consistir más bien en darle una conciencia clara del camino que nuestra conciencia histórica nos señala con inequívoca claridad, y entonces hemos de procurar hacerles trabajar y fijar su atención en problemas de detalle». Gran sensatez. En realidad lo que se propone en el relevo de la *inquietud* por la *preocupación*.

Efectivamente, nos complace ver la preocupación de un ingeniero naval por las dificultades, posibilidades y avatares de nuestra marina mercante. Nos gusta la preocupación de un estudioso, que con más Historia y Economía que retórica y acritud nos hace ver cómo nuestro instrumento fiscal raya en vejestorio, o que la actual sociedad anónima paraliza el progreso social a ultranza. *Et sic de ceteris*. Estos son sin duda los problemas de detalle, y en su reflejo temático sobre las páginas de «Última Promoción» vemos el mejor indicio de que a la inquietud indefinida por las situaciones de conjunto va empezando a suceder la preocupación técnica por las soluciones concretas.

Nadie se asuste. La *preocupación* no es, en nuestra intención, ni conformismo ineficaz ni cómodo conservadurismo. Es simplemente canalización científica y consciente de una fase de inquietud, que quizá por su misma imprecisión vital y abuso de la postura, ha parecido ya falta de energía y lo que es peor, de finalidad y meta. Nos agradecería que el nuevo concepto se fuese matizando en ulteriores comentarios.

Queda ya poca cosa por decir y sería prematuro bucear excesivamente en las profundidades del conglomerado ocasional que Ponce de León nos ofrece. Sólo insistir con la pesada y eficaz cantinela de la ascética, en que la virtud de un día o un momento no es virtud, y únicamente la perseverancia puede conseguir que los ciento once noveles lleguen,—y aunque no sea más que la mitad—, a ejercitar con buen sentido y buen trabajo sus alientos proyectivos de esta hora.